Núm. 20.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

17 de setiembre de 1837.

Acompaña á este número una estampa dibujada y grabada por don CALISTO ORTEGA. A ella hace alusion la composicion poética de don JOSE ZORRILLA que tiene por título LA PLEGARIA, y que insertamos en este número.

USOS, TRAGES Y MODALES DEL SIGLO 18.

Dedicado á la señorita doña R. del Acebal y Arratia.

El siglo XIX, en que hoy vivimos, ha ocasionado tal revolucion en nuestros trages, usos y costumbres, que es necesario, para comprenderla, haber visto ú oido muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuve la fortuna de alcanzar.

Apenas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningun español se afeitaba á sí mismo); esta operacion era entonces mas dilatada que en el dia, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afan comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freir y empolvar la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no finalizaban los mas diligentes en menos de tres cuartos de hora; tantas eran las piezas de sus atavíos y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatin hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ceñia su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie, á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pié era con suma precaucion y tiento, para librar del polvo ó de los barros la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conocí un militar que adquirió estraordinaria consideracion y fama porque atravesaba Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era estraño, porque el correr las calles no era empleo limitado, como ahora, á los que tienen agencias ó negocios. — El mas independiente de los hombres tenia los indispensables deberes de un ceremonial, distribuido con tal exactitud y precision, que no habia dias de holganza. Se daban pascuas tres veces al año; se felicitaba á todos en el dia del santo de su nombre, y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen.—El mas corto viage no podia emprenderse sin una despedida general, que tenia su paga al dia siguiente, y se repetia á la vuelta con nombre de bien venida. — En las festividades de los santos, cuyo nombre mas abunda, un estrangero que entrase en cualquier ciu-

dad ó villa, la hubiera juzgado envuelta en una conmocion política, ó en un incendio. Las gentes todas, corriendo azoradas se encontraban, se impelian, gritándose y estorbándose.—Habia infelices que se caian muertos de cansancio y despecho, por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitar y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades.

Pero hablemos de los dias ordinarios. A la una se comia, y se comia mas que ahora, pero era necesario mas habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Habia unos cocuruchos de carton para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo, mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habian inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa, y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que habia que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima.—Yo ví al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque solo á las personas que no habian de concurrir despues á grandes tertulias les era lícito prescindir del peinado, y recogerse el pelo en una redecilla. Estos salian embozados en una capa de grana, pero no mas aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escarpin no permitian salir de los caminos reales. Al fin los hombres sentaban el pié; pero las damas, elevadas sobre dos tacones, daban pasos peligrosos, y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas ademas por una cotilla cruel, ¿qué egercicio podian hacer, ni qué agitacion eran capaces de resistir?—Tan perpetua era en ellas la cotilla que habia madres de familia que criaban á sus hijos dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices criaturas, apretando su rostro inutilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Habia dia de tres metamórfosis en los caballeros: capa y cofia á la mañana, á lo militar despues, y á la tarde de majo para ir á los toros. — Para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los mas graves personages con montera malagueña.—Y alli se divertian en silvar, ó se desgañitaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razon) no ofrecian mayor moralidad, ni menos alboroto.—El silencio, decoro y compostura lo tenia reservado la gravedad española para las tertulias.—Nada en efecto mas grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla inflanqueable, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. — En otra paralela se hallaban los señores, tambien colocados por el órden de clases, dignidades y méritos. Como si alli se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat. Nada de música; nada de baile; nada de conversacion festiva ó interesante. Solo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenian derecho á gritar y decirse baldones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero estos eran pies fijos que jamás cedian su suerte, y cuya vida habia sido un revesino de medio siglo.—Concluida esta funcion, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habian gastado en adornarse de ellas.—Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizon y escofieta, en la frente de su esposo se destruian baterías de rizos que se envolvian en algodones. — ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volúmen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

NO ME OLVIDES.

LA PLEGARIA.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

La última de las ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era la de dar cuerda á los relojes de faldriquera, y no era este pequeño egercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas.—Todo era duplicado en aquel tiempo.—Dos muestras, dos pañuelos, y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres, inocentes cuanto se quisiere, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaban su hijo al dómine; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendia su carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme; por fórmula se embarcaba para América, de donde volvia sin saber que habia antípodas, y por fórmula en fin el mayor número de los hijos de familia se dedicaba á la profesion vitalicia de pretendiente en la corte, gastando, encaneciendo y meditando la guia de Forasteros. Pero la profesion mas formularia de trages, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sainetes, de paises de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiracion y entretenimiento para el bello sexo, como lo son las madrágoras para los aprendices de botánica.—El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII estudie el teatro de Don Ramon de la Cruz, las poesías de Iglesias, y los caprichos de Goya.

José de Somoza.

LA PLEGARIA.

(Véase la estampa que acompaña á este número.)

Helos al pie de la cruz
en oracion reverente;
la virtud brilla en su frente,
como la primera luz
del sol que alumbra en oriente.

Niños tal vez desvalidos
que pasan desconocidos,
con la inocencia en el alma,
como en desiertos perdidos
con sus racimos la palma.

Angeles acaso son,
que el mundo sin conocer,
llevan en el corazon
una sublime oracion,
y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente,
á traves del blanco velo
que cerca el alma inocente,
vida en la tierra inclemente,
luz y armonia en el cielo.

Ven en el alba colores,
y en el llano yerba y flores,
sombra, del valle en la hondura,
y en el aire ruiseñores,
y peñascos en la altura.

Para ellos música el viento
es, si las alas despliega,
si en las secas hojas juega,
ó entre las flores se pliega,
con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas
del sol á las rojas llamas,
del prado, verdes espumas,
de aerea serpiente, escamas,
de águila terrestre, plumas.

Y son los hombres, hermanos,
y oran por ellos contentos,
hasta que los hombres vanos
pongan, leones hambrientos,
en su inocencia las manos.

Sabe ella que es vírgen bella,
y él un angel hechicero,
porque no dudan él ni ella,
que *ella* es de virtud estrella,
y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que, del pedestal
á la sombra cobijado,
acaso un ojo carnal
está en la virgen clavado
con una idea brutal.

Y, sobre la tez de rosa,
la lágrima del dolor,
que ella derrama piadosa,

el hombre la cree de amor,
y llama al angel *hermosa*!
Que tal vez pintarse intenta
aquella avara pupila,
de torpes formas sedienta,
mil perfecciones que aumenta
en esa vírgen tranquila.
Asi incompletas y vanas
las cosas del mundo son;
que á turbar vienen, livianas,
esa angélica oracion
con imagenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste
una plegaria tan bella,
si la cruz que levantaste
luego, pintor, la ultrajaste
pintando el hombre tras ella?
No digas quien la creó,
que en ambos culpa no arguya!
tú fuiste quien la pintó,
mas la malicia no es tuya
que quien la escribe soy yo.

José Zorrilla.

LOS JOVENES SON LOCOS.

(Véanse los números 18 y 19 de este periódico.)

Desde entonces varió sin duda la vieja de intencion, porque, separándose y colocando la redoma sobre una mesa, no se curó ya de aterrar á Eugenio.-Este, sobre quien estamos seguros que ninguna fuerza hubieran tenido todos los resortes que pudiera emplear la señora Agueda para atemorizarle, pues que como hemos dicho, asi que se vió con luz volvió á recuperar toda su presencia de ánimo; merced á la casualidad maldita que habia hecho que se ocurriese á la vieja encerrar arañas en la botella, se hallaba en el mas lastimoso estado de anonadamiento que se puede imaginar.-La señora Agueda entonces, tierna como todas las mugeres, á pesar de sus setenta y tantos años y de su naturaleza sobrehumana; llevada de un sentimiento de caridad, ó acaso de otro no tan legitimo y mucho mas profano, se acercó á Eugenio y le condujo á una silla diciéndole:—"Hijo mio, eres demasiado joven aun, para que yo tenga un interes en destruirte; conozco que estás muriéndote de miedo, voy á despojarme de todos mis encantos, y á ser por un momento una muger como otra cualquiera- voy á oscurecer el sol de mis misterios. Ese lagarto que ves ahi brotando llamas por todas partes, es el padre de todos los espiritus que están encerrados en esa redoma; los ha tenido del legitimo matrimonio que hace muchos años contrajo, siendo padrino el mismo Satanas, con esta encantada gata", y le enseñó un hermoso gatazo negro que estaba á sus pies, y decimos gatazo, porque como nosotros no creemos lo del matrimonio con el lagarto, nos inclinamos á creer que lo era efectivamente, tanto mas cuanto que á nosotros nos trae cuenta, por ser mas decoroso hablar en nuestro cuento de un gato que de una gata. -Dirigióse pues la señora Agueda á una mesa, cogió un vaso de agua que en ella habia en una mano y una cerilla en la otra, y acercándose al lagarto de luz, murmurando algunas palabras ininteligibles, encendió en él la cerilla, y despues arrojó sobre su cabeza, en forma de bautismo, todo el vaso de agua, y dejó de alumbrar el ahijado de Satanás, dejando al mismo tiempo un mas que medianamente detestable olor á azufre.—Nosotros presumimos que aquello seria un pedazo de cualquiera cosa, recortado en forma de lagartija, é iluminado despues con el auxilio de algunas capas de misto inflamado.—Concluida esta operacion, la señora Agueda colocó la luz sobre la mesa, y saliendo del cuarto entró en otro que le servia de alcoba.—En muy poco tiempo volvió á aparecer delante de Eugenio, sin ninguna mancha en la cara, que á la verdad no por eso era mas agradable.—Ya no le hablaba con el tono

enfático que hasta alli habia empleado — ¡pobre muchacho! esclamaba, queriéndole pasar la mano por la cara, cariño de que huia Eugenio, lleno de sobresalto, porque no hallaba apenas diferencia entre las desproporcionadas patas de las arañas, y los inconmensurables dedos de aquella mano.—No huyas por Dios, hermoso mio, le decia ella, haciendo nuevas tentativas para acariciarle, estoy decidida á no hacer contigo uso de mis encantamientos. — Asi era la verdad, y confesamos que sentimos de todo corazon, que abandonase tan pronto su plan de aterrar á Eugenio, porque entre los medios de que para ello se hubiera valido, no dejaria de haber alguno que nos hubiera divertido á nosotros al contarle, y acaso á nuestros lectores al leerle.

Eugenio, que acaso veia en los ojos de aquella muger lo que ninguno de nosotros sabe, porque no la vimos, rechazaba con horror los repetidos asaltos que aquella mano dirigia contra su rostro, sin que esto valiese de nada, pues que cada vez iba en aumento el entusiasmo de la señora Agueda, hasta que por fin anunció francamente con sus movimientos la intencion de darle un beso.-Entonces ya, viéndose amenazado el pobre Eugenio del mas pesado lance que puede suceder á un jóven, del beso de una vieja, trató de defenderse por todos los medios que estaban á su alcance, sin que por eso cediese la vieja de su intento, travándose por consiguiente entre los dos una lucha, que nos haria reir si no la consideráramos bajo su verdadero punto de vista: como un combate en que los enemigos, que por do quier encontraba nuestro héroe, eran unos labios secos y denegridos, puertas de una boca sin fondo, y unas manos rugosas y acartonadas, frias como pudieran estarlo las de un cadáver. — El gato que, poco acostumbrado á ver gente en su solana á aquellas horas, desde un principio habia estado inquieto, seguia entonces con sus encendidas pupilas, dando á sus redondos párpados una prodigiosa estension, todos los movimientos de los combatientes, y fijaba sus terribles miradas en Eugenio con una atencion no interrumpida, peligrosa ciertamente para un hombre, cuando el que asi le clava los ojos es un gato.—Tan acosado se vió ya Eugenio por aquella muger, que entonces era efectivamente una furia, que se vió obligado á recurrir para librarse de ella, al medio de darle con violencia un golpe en el pecho, y derribarla al suelo.- Apenas habia caido la señora Agueda, cuando el gato, llevado de su instinto, queriendo sin duda vengar á su ama, se lanzó sobre Eugenio con la velocidad que un tigre sobre su presa.—Al momento cayó Eugenio á plomo, como herido de un rayo.— Cuando se levantó la señora Agueda, halló al jóven sin movimiento, y al gato muy afanado por desprenderse de las garras dos pedazos de carne ensangrentada.—Cogió la luz para examinar en que parte habia sido herido Eugenio — este tenia vacias las cuencas, poco antes llenas con dos hermosos ojos — por una desgraciada casualidad, el gato habia hecho presa en ellos. —La violencia del dolor le habia ocasionado un mortal desmayo.

La señora Agueda salió del cuarto con la luz—despues de bastante tiempo volvió con una cazuela y una jarra-con el líquido que esta contenia, que era de un color casi dorado, lavó con mucho cuidado las heridas, y despues empezó á frotarlas con violencia con el ungüento, ó cosa parecida que contenia la cazuela. — Esta operacion duró como hasta un cuarto de hora; concluida, recogió la vieja los pocos chismes que por el cuarto habia, incluso el gato que se montó pacíficamente sobre su hombro, y ayudada de su luz, salió del cuarto, bajó la escalera que no estaba muy lejos, y bien pronto estuvo en la calle — entonces apagó la cerilla.-A pocos pasos se detuvo, llamó á una puerta, y dijo á quien salió á responderla: "diga vd. al señor alcalde de barrio que la señora Agueda se ha escapado ahora mismo, dejando medio

muerto en su cuarto á un pobre muchacho; que vaya allá á socorrerle, y que sea pronto, porque aun asi puede que no llegue á tiempo:-hasta mañana, vecina."-Comenzó á andar á pasos bastante largos, y bien pronto se perdió por una porcion de callejuelas, en que no habia ni aun un sereno.

Asi que el alcalde de barrio recibió este recado, se levantó, salió de casa, y pidiendo auxilio al mas próximo cuerpo de guardia, se dirigió á la casa de la bruja, que era bien conocida por la señora Agueda.—Llegó á ella, hizo levantar á todos los vecinos, que estaban aterrados por el ruido que habian sentido en el cuarto de la vieja; pero que se habian contentado con meter bien la cabeza entre las sábanas, creyendo que era producido por un baile de demonios. Mas de veinte personas se encaramaron hasta la bohardilla; pero costó mucho trabajo el que una se decidiese á entrar en ella.—Por fin alguno mas valiente que los demas, rompió la marcha, y al momento se vió inundada de gente y de luz la estancia en que, aun desmayado, yacia Eugenio.-Un cirujano, que habia entre los circunstantes, se aproximó á él, y declaró, despues de examinarle, que aun vivia.—¡Pobrecito! dijo una caritativa vecina, bajarle á mi misma cama.—Eso es, replicó el marido!..-á saber quien será!..-En aquel momento le habia sacado el alcalde de barrio del bolsillo á Eugenio, una cartera en que habia targetas con las señas de una casa, que era la misma á que se dirigian todos los sobres de las cartas que se le encontraron; decidieron pues, despues de mil engorrosas disputas, llevarle á aquella casa que efectivamente era la suya.—No volvió en sí hasta despues de seis horas.-Rodeaban su cama tres ó cuatro cirujanos, cuatro ó cinco mugeres, entre ellas el ama de la posada, y por turno asomaban la cabeza por las puertas vidrieras del gabinete, cinco ó seis vecinos que oficiosamente, como sucede en casos semejantes á este, habian tomado aquella casa por suya—Gracias al buen remedio casero que poseia sin duda la señora Agueda, no sentia Eugenio el mas pequeño dolor en las ensangrentadas cuencas, y nadie pudo convencerle por consiguiente de que estaba en su cama.—Se creia aun en presencia de la bruja, á quien dirigia las mas encarecidas súplicas para que le desencantase.—Creia contrahechas por ella todas las voces que, como la de su patrona, le eran bien conocidas, y confesaba de buena fé á la señora Agueda, de quien él aun no se habia separado, que creia de todo corazon en sus encantos, y la aseguraba que desde alli en adelante renunciaria á su despreocupacion, y convertiria en amor su desprecio á la honrada familia de los incubos, subcubos, &c.—Cuando ya se cansaron los circunstantes de reirse del lastimoso estado á que se hallaba reducido Eugenio, que fué al cabo de unas dos ó tres horas, le dejaron solo.—Solo estuvo todo el dia; la noche la pasó tambien hablando solo, sin un solo instante de sosiego.—Al dia siguiente vino á verle su amigo Cárlos, que no pudo tampoco convencerle de que era él quien le hablaba, pues que Eugenio creia tambien su voz contrahecha por la señora Agueda.—Cárlos salió de la alcoba convencido de que habia brujas.—Dos meses se pasaron, y Eugenio aun creia que no se habia concluido la noche en que empezó su desgracia—otros cuatro se pasaron todavia en que estuvo esperando con paciencia la aurora.—Al fin de ellos su locura tomó otro carácter, y se convirtió en una verdadera furia; entonces se trató de ponerle en parte donde no pudiera hacer daño.—Eugenio no tenia familia—la mayor parte de sus amigos se habia ya cansado de sostenerle en su enfermedad, y los pocos que aun estaban resueltos á sacrificarlo todo por él, eran justamente los mas pobres; al cabo pues de otros dos meses, en que su locura se apaciguó un poco—no ya porque pudiera hacer ningun daño, pues el infeliz volvió á resignarse y á esperar pacientemente que amaneciese para

salir de aquel estado — sino porque ya se le habian agotado todos los recursos, le encerraron en una casa de locos. — Doce años vivió sin poderse convencer de que estaba ciego. — Recorria con sus dedos los huecos de las vacias cuencas, creyendo firmemente que aquello era una ilusion producida por los encantos de la bruja. — Los doce años pasaron sobre él, sin que él creyese que habia pasado una noche. — Por fin murió, y acaso por premio de sus sufrimientos, hallaria la tan deseada aurora en el cielo—si por el contrario bajó al infierno, que todo puede ser, hé aquí un hombre, que á lo menos tuvo el tiempo suficiente para sacar todas las consecuencias posibles, de lo mucho que se padece en un insomnio.

Esto es lo que sabemos acerca de este suceso; hubiéramos querido estendernos al contarle, á hacer algunas reflexiones sacadas de la situacion de nuestro héroe, pero nos hemos contentado con presentar el hecho desnudo, porque estamos persuadidos de que nuestros lectores nos lo agradecerán, en obsequio á la brevedad.

De la verdad de lo que acabamos de contar responden; el poco interes que en sí encierra, signo característico de la verdad, vieja, fea, seca é insípida; la poca proporcion de los hechos entre sí, que se suceden, segun el orden con que efectivamente ocurrieron, sin la graduacion que en los incidentes ha inventado el arte, para la belleza del todo, y ultimamente el tiempo que hemos empleado en escribirlo, porque ninguno de nuestros lectores nos supondrá tan locos, que malgastemos nuestras horas en escribir mentiras de este jaez. Nosotros les aseguramos que jamas nos hubiéramos entregado de tan buena fé, como lo hemos hecho en este caso, á un *género* tan *generalmente* tenido por malo, por los que saben mas que nosotros, si á ello no nos obligára la verdad de esta rara aventura, que aunque sin consecuencias morales, y por consiguiente inutil en una época, en que tan relajada esta la sociedad, que solo necesita azotes y sermones, no ha dejado de afectarnos al llegar á nuestra noticia por medios que descubririamos á todo el mundo, si estuviera en nuestra mano.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

IMPROVISACION.

D. CALISTO. Cuando tendremos aqui
Diligencias de vapor?-
Triste España! es un dolor
Ver cual se rien de tí
Los estrangeros que vienen.-
No es estraño, que ellos tienen
Comodidades allá,
Y nosotros solamente
Tenemos de sobra gente
Que en dos pies por gracia va.
D. PEDRO. Oiga el inglés ó el prusiano!-
De dónde será el camueso?
ESTUDIANTE. De allá del Peloponeso.
D. PED. Es usted francés, hermano?
D. CAL. No señor, que por desgracia
En Andujar he nacido,
Pero el mundo he recorrido.
ESTUD. Y ha estado usté allá en la Tracia?
D. CAL. No señor, ¿dónde está eso?
ESTUD. Arrimadito al Japon.-
Y conoce usté á Canton?
D. CAL. Que no le visto confieso.
ESTUD. Pero en Italia seguro
Que habrá usté estado; quisiera
Que usted algo me dijera....
D. PED. De la patria de Epicuro?
ESTUD. Pues; Epicuro nació
En Roma ó en *Benavente*,
No lo tengo bien presente.
D. CAL. Tampoco me acuerdo yo.
ESTUD. Conoce usté el Herculano?
D. CAL. Hombre, no me acuerdo ahora.
ESTUD. Venecia la encantadora
Sin duda...
D. TORIBIO. (*que llega á Calisto.*)
Venga esa mano.
ESTUD. Tambien el señor viajó?
D. TOR. Quién duda que viajé?

ESTUD. Qué tierras conoce usté?
D. TOR. Qué tierras conozco yo?
Todas, poco mas ó menos.
ESTUD. La Alemania...
D. TOR. No.
ESTUD. La Rusia...
D. TOR. Tampoco.
ESTUD. Pero la Prusia...
D. TOR. No señor.
ESTUD. Estamos buenos.
Esto sí que está salado...
Yo si que tengo que andar
Para una tierra encontrar
Que usté haya visitado.
Qué conoce usté?
D. TOR. Oh! Burdeos,
Londres, París y Lyon.
ESTUD. Ola! ha estado usté en London.
D. TOR. Y usted?
ESTUD. No, tengo deseos.
D. TOR. Pues, amigo, sepa usté
Que cuando usté vaya allá
Pasmado se quedará.
ESTUD. Por supuesto, ya lo sé.
D. TOR. Aquello si que es magnífico!
Los palacios son de pórfido,
Las mugeres...
ESTUD. Buenas píldoras
Para curar el amor.
D. TOR. Los nobles son tan magnánimos,
Y las calles oh! que espléndidas.
ESTUD. Pero si siempre están húmedas!
D. TOR. Qué! si hay coches de vapor.
Luego alumbrado de gas.
ESTUD. Y atmósfera de carbon.
D. TOR. Y fábricas...
ESTUD. De algodon.
D. TOR. Teatros...
ESTUD. Gozo jamas.
D. TOR. Y los paseos soberbios!
Y los vinos, de Madera!...
ESTUD. Y las mugeres afuera
Para curarse los nervios.
D. TOR. Si viera usté cual camina
Por alli la diligencia.
La ruta en verdá es divina
Para ir de aqui á Valencia,
De Inglaterra en algun coche,
Qué! señor, es prodigioso!
No fuera maravilloso
Llegar antes de la noche.
ESTUD. Acostumbrado á correr
Se conoce que usté está.
D. TOR. Como que ni un mes hará
Que tuve un viage que hacer
De cien leguas, y creí
Que con dos horas tenia
Para hacer la travesia,
Pero esto no se hace aqui.
ESTUD. Pues á Londres cuanto habrá?
D. TOR. Cuatro mil leguas y pico —
Alli todo el mundo es rico.
ESTUD. Pues que Londres venga acá
Y pobre se quedará.

Varias son, segun tenemos entendido, las obras dramáticas originales que en estos últimos dias han sido presentadas á la *comision de lectura de teatros*. Citaremos, entre ellas, tres, que son *Magdalena*, drama en verso y prosa en cinco actos; *Vivir loco y morir mas*, juguete dramático en verso, en dos actos; *Quitar estorbos de en medio*, episodio dramático de la vida del *conde duque de Olivares*, en verso, en cuatro actos. Los nombres de los autores de estas tres producciones no son desconocidos del público.

Editor *JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.*

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, en la librería de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas, y en la de Miyar, calle del Príncipe; en las principales librerías del reino, y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del NO ME OLVIDES, calle de Jardines, n. 36.